

un modelo presente para construir el futuro¹

El ideario y la práctica de la cooperación han brindado un aporte extraordinario a las ciencias sociales, desde que comenzó a ejercitarse este modelo de gestión sustentado en valores éticos y orientado con un profundo sentido humanista.

La contribución teórica y las experiencias concretas del movimiento cooperativo tienen una enorme trascendencia, además, porque contribuyen al diseño de una cosmovisión destinada a organizar la producción de bienes y servicios con un criterio de racionalidad, cuyo propósito esencial es dar respuestas satisfactorias y eficientes a las variadas necesidades de los asociados y la comunidad.

Esta ecuación, en la cual se conjugan los requerimientos de las personas, los diversos recursos materiales y la organización de los procesos productivos, hasta completar el ciclo con la etapa de la distribución, contempla un equilibrio indispensable entre los medios y los fines. Es decir que parte de una premisa según la cual todos los esfuerzos deben tender a cubrir los requerimientos de los usuarios. O sea que la motivación para cumplir exitosamente con estos propósitos no es la máxima ganancia. Las cooperativas no tienen fines de lucro. Nacen y se desarrollan para servir.

La racionalidad de la economía solidaria que encarna la cooperación es, por lo tanto, uno de sus rasgos distintivos y la fortaleza indiscutible que le otorga plena vigencia y creciente gravitación en el futuro. Y es oportuno subrayar esa cualidad en este tiempo histórico, cuando se acentúan los dramáticos interrogantes sobre las consecuencias del calentamiento global, el aprovechamiento de las fuentes energéticas renovables y otros temas de importancia estratégica para toda la humanidad.

Hace mucho que desde nuestro movimiento se señala la necesidad de repensar el mundo y producir cambios profundos en los modos de produc-

(1) Declaración del IMFC con motivo de la conmemoración del 85° Día Internacional de la Cooperación. Anexa a Circular C.C. N°1488. Buenos Aires, 2 de julio de 2007.

ción y distribución de la riqueza, habida cuenta de que la concentración de los frutos del trabajo de millones de mujeres y hombres sigue siendo una tendencia universal, cada vez más acelerada.

El cambio climático del que se habla con creciente preocupación puede generar modificaciones en la geografía del planeta, alterar el ciclo vital de la flora y la fauna, derretir hielos eternos, elevar el nivel de los mares y dar lugar a un sinnúmero de consecuencias nefastas. Por cierto, nada de eso es inevitable si se toman las medidas necesarias a tiempo; es decir, si se adopta el criterio de la racionalidad.

La disputa por las fuentes de petróleo, por ejemplo, ha dado lugar a invasiones armadas, con su secuela de muerte y destrucción. Algo similar puede preverse con respecto al agua, otro recurso vital que se convertirá, a muy corto plazo, en un elemento codiciado por quienes carecen de ella o bien por el consumo irracional con el cual la utilizan. O simplemente por parte de los que pretenden tener el privilegio de gozar del bienestar a expensas de la miseria y la exclusión de las mayorías.

Existe una economía del despilfarro que crece pareja con la brecha entre los que más tienen y los desposeídos. Semejante contradicción, además de alterar la vida sobre la tierra, da lugar a convulsiones sociales, luchas entre quienes reclaman el legítimo derecho a una existencia digna y los que se resisten a distribuir equitativamente los beneficios de la ciencia, la tecnología y todos los avances de la modernidad.

Los problemas no son nuevos, pero se agudizan con el correr del tiempo y su solución requiere cada vez más de propuestas creativas, oportunas y eficaces. Es decir, nuevamente, la racionalidad que aporta la cooperación.

Aunque parezca un sueño inalcanzable, sería necesario predicar con la palabra y el ejemplo que se puede diseñar y construir una sociedad donde cada uno aporte según su capacidad y reciba según sus necesidades.

Llevará muchos años, siglos tal vez, pero es el camino necesario para preservar la naturaleza, conservar el aire puro, mantener la productividad de la tierra, garantizar que florezca la vida y que cada día renazca la esperanza de que habrá un futuro mejor para todos.

Consejo de Administración del IMFC